

EL CONDE

Pues muy sencillo. Tú no tienes valor para lanzarte de este mundo al otro. El valor que á ti te falta, á mí me sobra. Te agarro, te arrojo por el cantil, y al llegar abajo ya eres cadáver y se han acabado tus sufrimientos. (Pausa.)

D. PÍO, que se rasca la cabeza, metiendo la mano por debajo del pañuelo.

Es una idea excelente. Por mi parte no me opongo... Al contrario... Lo único que temo es que la muerte no sea muy rápida...

EL CONDE

¿Pero qué estás diciendo? Morirás en menos de cinco segundos. No, no encontrarás muerte mejor, ya emplees arma, veneno, ó el ácido carbónico. Muerte instantánea, súbita entrada en la felicidad, en el Paraíso, de que nunca debiste salir. Si no me engaño, estamos en una parte del cantil que ni de encargo. Aquí la cortadura es vertical, la altura vertiginosa... Con que...

D. PÍO, algo alelado.

Sí, sí... Pero ahora caigo en otro inconveniente, y éste sí que es grave, gravísimo, señor Conde. Como alguien nos habrá visto venir hacia acá, fácil es que acusen á usia de mi muerte, y le metan en la cárcel... y causa criminal al canto, por homicidio, con nocturnidad, alevosía... No, no, señor Conde. ¡Cómo había yo de consentirlo!

EL CONDE

Nadie nos ha visto, ni es lógico que sospechen de mí... Decidete: ya ves qué fácil, ahora... ¿Oyes la mar que brama, como pidiendo que le arrojen algo con que entretenerse?... Pero hay más, carísimo Pío: figúrate tú el chasco que se llevarán tus hijas cuando vean que ya no tienen á quién martirizar, que se les ha escapado la víctima... ¡ja! ¡ja!... Se revolverán unas contra otras, y furiosas, tirándose de los pelos, se enzarzarán con uñas y dientes...

D. PÍO, riendo.

Sí, sí... y á ver quién les mantiene el pico... ¡Y que van á rabiarse poco esas bribonas cuando yo me vaya! ¡Y con qué júbilo les diré yo desde allá: «Fastidiaos ahora, grandísimas puercas...»! Por supuesto, créame el Sr. D. Rodrigo, al recibir la noticia de que me ha tragado la mar, llorarán... porque, en medio de todo, me quieren... á su modo.

EL CONDE

Y tú á ellas también. Remachas tu bondad con el tremendo deshonor de amarlas. Para poner fin á tanta ignominia, es preciso... (Le agarra fuertemente por la cintura.)

D. PÍO, riendo, para disimular su temor.

Otro día, señor Conde, otro día... Esta noche me encuentro algo destemplado.

EL CONDE, soltándole.

Como tú quieras.

D. PÍO, alejándose del cantil.

No podemos, no podemos tomar esa determinación sin que yo escriba un papel en que diga que sucumbo de *motu proprio*.

EL CONDE

Bien. No está de más hacer las cosas con la preparación y formalidad debidas.

D. PÍO, gravemente.

Otra noche, después de disponerlo todo muy bien, nos reuniremos aquí.

EL CONDE

Pues mira, ahora me alegro de que se quede la función para otra noche, porque así podrás darme algunas informaciones acerca de mis nietas... Dime: ¿en dónde estamos ya?

D. PÍO

Cerca del Calvario, en el lindero del bosque.

EL CONDE

Pues al pie de la cruz echaremos otra sentada... Me harás el favor de decirme...

D. PÍO

Todo lo que el señor Conde quiera. (Despéjase un poco el cielo, y á la claridad de la luna andan los dos ancianos con menos lentitud. Llegan al Calvario, y se sientan en la meseta de granito que sustenta las cruces.)

EL CONDE

Muy bien estamos aquí... Hablemos de Nell y Dolly. Dime, ante todo: ¿tú te sientes con el saber, con la suficiencia necesaria para instruir á mis nietas? ¿Te reconoces verdadero maestro de lo que ellas ignoran?

D. PÍO

Señor Conde, yo...

EL CONDE

Nada, nada: deja á un lado el amor propio, y respóndeme. Olvídate de quien soy y de quien eres. Somos dos amigos.

D. PÍO, olvidando las categorías.

Pues amigo Albrit, diré á usted... digo, á usía que, tan cierto como ese astro es luna, yo no sé una palabra de nada. Sabía, sí, sabía mucho, aunque me esté mal el decirlo; pero las desgracias me han desconcertado horribilmente el magín. Mi memoria es un desván lleno de telarañas. Subo á él en busca de mi sabiduría, y sólo encuentro retazos deshechos, trastos inútiles... Y como soy hombre de conciencia, más de una vez le he dicho á D. Carmelo que busque otro preceptor para las niñas... Una sola ciencia, ó arte más bien, conservo en mi calestre. Es lo único que me queda, en esta dispersión tristísima de mis conocimientos.

EL CONDE

¿Qué es?

D. PÍO

Pues la Mitología. Todo lo he olvidado, menos el admirable y poético simbolismo de los griegos... Es raro, ¿verdad? ¿Y á qué debo atribuir que se agarre á mi entendimiento la dicha Mitología? Pues lo atribuyo á que en ella todo es falso. En conciencia, señor Conde, yo declaro que no puedo enseñar á las niñas más que dos cosas: la reforma de letra, por Torio, y la fábula mitológica.

EL CONDE

Ya no tendrás que enseñarles nada, bendito Coronado... Y ahora, vamos á mi asunto: tú que las has tratado íntimamente; tú que has vivido en contacto con sus inteligencias en capullo, con sus corazones virginales, dime: ¿cuál de las dos te parece más noble, más moralmente bella, más digna de ser amada?

D. PÍO, meditando.

No es tan fácil determinar...

EL CONDE

Porque iguales no han de ser. En la Naturaleza no hay dos seres enteramente iguales.

D. PÍO

Igualdad, en efecto, no hay. Los caracteres son distintos. Vaya usted á saber si salen al padre, á la madre, ó á los abuelos...

EL CONDE

Yo quiero que designes la mejor. Figúrate que una ley ineludible te obliga á tomar una y á sacrificar la otra. (D. Pío se muestra sorprendido y confuso.) Hazte cuenta de que no hay más remedio, de que no puedes evadir el dilema terrible.

D. PÍO, rascándose la cabeza.

¡Vaya un compromiso! Pues si la cosa es tan por la tremenda, si no hay más solución que escoger una... (Decidiéndose, tras larga vacilación.) Pues... con todas sus travesurillas, con toda su inquietud diablesca, y si se quiere, desvergonzada, la preferida es Dolly.

EL CONDE

¿Y en qué te fundas para tu preferencia?

D. PÍO, lleno de confusiones.

No sé... Hay algo en Dolly que me parece superior á cuanto vemos en el mundo. O mucho me equivoco, señor de Albrit, ó la engendraron los ángeles.

EL CONDE, gozoso de encontrar una afirmación.

Mi Rafael era un ángel. Soy de tu opinión con respecto á Dolly, agudísimo Coronado. Veo que tu inteligencia sabe penetrar en la razón y fundamento de las cosas. Y me figuro que tu juicio se funda en observaciones...

D. PÍO, con inocencia angelical.

Si, señor... también. Cuando estuvo aquí toda la familia dos años ha, observé en el señor Conde de Laín la misma preferencia.

EL CONDE, excitado.

¿De veras?... ¿Qué me dices?

D. PÍO

Cuando paseaban, que era las más de las tardes, Dolly iba colgadita del brazo de su papá.

EL CONDE

¡Oh, Coronado ilustre, qué consuelo me das!

D. PÍO, apoyándose en la rodilla de Albrit.

Y Nell del de su madre. D. Rafael idolatraba á Dolly.

EL CONDE

¿Dices que hace dos años?

D. PÍO

Y antes lo mismo. Después no volvió por aquí.

EL CONDE, animadísimo.

Pío, gran Pío, abrázame. La concordancia de tus ideas con las mías, me llena de júbilo.

D. PÍO, con desaliento.

El señor Conde es feliz. Sus nietas le adoran y le dan mil consuelos. Yo, en cambio, tengo el Infierno en mi casa.

EL CONDE, gozoso.

Respira, hijo. Tus infortunios concluirán pronto, gracias á mi, y te hartarás de bienaventuranza, y tu bondad podrá explayarse, ser eficaz, y servir de ejemplo en el Cielo mismo.

D. PÍO, sorprendido de la animación de su amigo.

Parece que está contento el señor Conde.

EL CONDE

Sí... ¡Siento en mí una alegría...! Me río de pensar en la cara que pondrán Gregoria y Venancio cuando me vean entrar. Esta noche cenarás conmigo.

D. PÍO, suspirando.

Bueno: así entraré más tarde en casa. Cuando llegue á las tantas, y cenado, será ella.

EL CONDE

Te acompaño, ¿quieres? y armados los dos con buenas estacas, daremos un recorrido á las bribonas de tus hijas.

D. PÍO, contagiado del humor festivo del Conde.

Por Saturno, padre de los dioses, señor, que eso sería un lindo paso. Pero, ¡ay, cómo se vengarían después las muy perras!

EL CONDE, en vena de hilaridad.

¡Y ese *bon vivant* de Carmelo, y el Médico, que creen haberme dejado preso en los Jerónimos, figúrate la cara que pondrán...!

D. PÍO, tocando las castañuelas.
Sí, sí: estará bueno el sainete.

EL CONDE, impaciente.

Vamos, vamos, que ya es hora de que nos riamos tú y yo, para desenmohecer nuestros espíritus, quitándonos las murrias de esta noche lúgubre... Bendito Coronado, padre general de los pelmazos, compendio de todos los males que acarrea la bondad, ya mereces la alegría... Ven á mi casa.

(Se agarran del brazo, y apoyándose el uno en el otro, se dirigen con incierto paso á la Pardina.)

ESCENA XIII

Comedor en la Pardina.

VENANCIO, GREGORIA, SENÉN, disponiéndose á cenar; después EL CONDE y D. PÍO. Gregoria pone la mesa.

VENANCIO

Me parece mentira que estemos libres de ese estafermo insoportable.

GREGORIA

¡Ay qué descanso! Ya vivimos otra vez en la gloria. Cenaremos tranquilos, y nos acostaremos dando gracias á Dios.

SENÉN

¿Y estáis bien seguros de que se conformará con el encierro?

GREGORIA

Y si no se conforma, que llame á Cachán.

VENANCIO

Dice D. Carmelo que se quedó dormidito en el coro. Pues como se desmande y quiera escabullirse, no faltará quien le sujete; que el Prior de Zaratán no es hombre de mieles como nosotros, y las gasta pesadas. (Óyese la campana de la puerta.)

GREGORIA, temblando.

Jesús me valga!

VENANCIO

Ha sonado la campana... Alguien entra... (Se asoma á la ventana.) Será José María...

SENÉN, que también se asoma.

¡Qué chasco, si fuera Albrit!...

GREGORIA, trémula.

Si me parece que he oído su voz diciendo: «¡Ah de casa!»

VENANCIO

No puede ser... (Mirando afuera.) ¡Rayos y jinos; él es!

GREGORIA

Será un alma del otro mundo...

SENÉN

Se ha escapado el león...

EL CONDE, entrando; tras él D. Pío, que, distraído, conserva su pañuelo á la cabeza.

Sí, aquí está la fiera... Soy yo, mis queridísimos Gregoria y Venancio; el propio Albrit, vuestro señor que fué, después vuestro huésped. (Dirigese con calma al sillón que suele ocupar.) Y me acompaña mi buen amigo D. Pío Coronado, á quien veis en esa extraña facha porque el aire le privó de su sombrero.

D. PÍO, con timidez, quitándose el pañuelo.

Perdón les pido... Me retiraré si estorbo.

EL CONDE

Aquí no estorba nadie... (Á Venancio y Gregoria.) Ya comprenderéis que no vengo á pedir os nuevamente hospitalidad. Con vuestras groserías me arrojasteis de la Pardina. No veáis en mí al pobre importuno que, despedido cien veces, cien veces vuelve. No: no entro en vuestra casa, entro en la casa de mis nietas, á quienes necesito ver esta noche.

VENANCIO

Señor... yo no he arrojado á usía... Es que se creyó que estaría mejor en los Jerónimos.

EL CONDE

¡Al diablo tú y los Jerónimos!

GREGORIA

La santa Virgen nos ampare.

SENÉN, queriendo meter su cucharada.

Lo que quiere decir el señor Conde es que...

EL CONDE, impaciente.

Lo que quiero decir es que necesito ver á mis nietas pronto. ¿Dónde están? ¿Por qué no han salido á recibirme?

GREGORIA

Ha olvidado el señor que las convidó la señora del Alcalde.

EL CONDE, severo.

Que vayan á buscarlas inmediatamente. (Gregoria y Senén se ofrecen á traer á las niñas.) No, de ti no me fio... Tampoco tú eres de fiar... D. Pío, hágame el favor de traerme á Nell y Dolly.

SENÉN, lisonjero.

Iré yo también para que vea usía con qué solitud ejecuto sus órdenes. (Vanse Senén y D. Pío.)

VENANCIO, haciendo de tripas corazón.

El señor querrá tomar algo.

GREGORIA

Como no contábamos con usía, nada hay preparado.

EL CONDE

Os lo agradezco. Cuando vengan mis nietas decidiré. Tú, Venancio, me harás el favor de ir á la Rectoral, y decir á Carmelo que deseo verle esta noche.

VENANCIO

El señor Cura estará cenando...

EL CONDE

Eso no es cuenta tuya. Haz lo que te digo.

VENANCIO

Bien, señor.

GREGORIA

¿Y á mí qué me manda usía?

EL CONDE

Que puedes irte á tus quehaceres. Deseo estar solo. (Apoyando en la mano su cabeza, quédase meditando.)

GREGORIA, á su marido, que, al retirarse, amenaza con un gesto furtivamente al Conde.

¡Por Dios, Venancio...!

VENANCIO

¡Otra vez en mi casa...! Yo te juro que mañana no habrá en la Pardina más que un león... el de piedra, que está en el escudo. (Se van.)

ESCENA XIV

Jardín y casa del Alcalde. Al llegar Senén y D. Pío, ven y admiran el jardín, iluminado con farolitos de colores colgados de los árboles. En la sala baja, cuyas ventanas están abiertas, suena el cascabeleo del piano. Oyense desde la calle alegres risotadas, cantos juveniles, y pataditas de baile.

LA ALCALDESA, SENÉN; después NELL; mucha y diversa gente, pollas y chicarrones de la localidad.

SENÉN, hablando con la Alcaldesa en la puerta de la sala baja, que está de bote en bote.

Si, señora, que vayan al momento. Nos ha mandado á D. Pío y á mí con esta comisión. Al maestro le he dejado en el jardín como un palomino atontado. Esta y no otra es la razón de que vengamos á turbar el regocijo de su fiesta *monocrástica*.

LA ALCALDESA, sofocando la risa.

Onomástica, Senén.

SENÉN, sin dar su brazo á torcer.

En Madrid lo decimos de varios modos. Decimos también *fiesta morgantica*.

LA ALCALDESA

Bien, hombre, no riñamos por una palabra... Pero no acabo de creer que el león se haya escapado de la espléndida jaula de Zaratán. Cuando lo sepa José Maria, ¡bueno se pondrá! ¡Y

D. Carmelo tan confiado en que el Prior se daría sus mañas para retenerle!

SENÉN

Me inclino á creer que no hay quien pueda con Albrit. Para su soberbia no se han inventado jaulas ni barrotes bastante fuertes.

LA ALCALDESA

Te advierto que las chicas no saben nada de esta conspiración para enjaular á su abuelo.

SENÉN

Conviene que lo ignoren.

LA ALCALDESA

Es un dolor que ese viejo extravagante las llame en lo mejor de la fiesta. ¡Están tan divertidas las pobres! Lo que han gozado esta tarde no puedes figurártelo. Entra, y tomarás un dulce y una copa. (Senén da las gracias, y trata de ganar terreno dentro de la sala; pero el apretado gentío se lo impide.) Está esto imposible... Pues sí: ahora se ve que á estas infelices niñas de Albrit les gusta la sociedad, y que para la sociedad han nacido. Da pena verlas hechas unos saltamontes, del bosque á la playa y de la playa al bosque, cuando su centro, su atmósfera, como quien dice; es la buena sociedad, el dar broma con decoro, y el divertirse lícitamente. Esta tarde lo hemos visto. ¡Virgen, lo que han picoteado con Manolo y Serafin, los de la confitería! Ellos son saladisimos, llenos de picardía, eso sí; pero elegantitos. Estudian en Madrid.

SENÉN, introduciéndose más.

Les conozco.

LA ALCALDESA

Van á los estrenos, frecuentan las reuniones, saben de memoria todas las tonadillas del género chico, montan en bicicleta...

SENÉN

Son chicos muy simpáticos... Allá veo á Dolly de conversación tirada con el tontaina de Tomasín, el del Registrador. Como hay Dios, que le está tomando el pelo.

LA ALCALDESA

¿Esa? Es capaz de tomárselo al lucero del alba.

SENÉN

Procure usted, Doña Vicenta, echármelas para acá, y si no puede usted á las dos, cójame á la que pueda... que ya es tarde, y el león debe de estar impaciente, sacudiendo las melenas. (Intérnase Vicenta. Nell, rompiendo por entre el gentío, sofocada, fulgurantes los ojos de la batahola del baile y de la excitación de tanto charloteo, va en busca del antiguo criado de su casa.)

SENÉN

Señorita Nell, aquí estoy.

NELL

¡Vaya un fastidio, Senén! ¡Qué poco nos dura el contento! ¿Por qué no nos deja el abuelito

cenar aquí? ¿Se ha puesto malo? (Senén deniega.) Pues nos iremos. Espérate un poquito... A ver dónde está Dolly.

SENÉN, en tono de protección.

¡Es lástima que las señoritas no disfruten de la sociedad!... Pero, según mis *informes autorizados*, pronto se les acabará el aburrimiento y la sosería de este destierro de Jerusa.

NELL, con vivo interés.

«Según tus noticias», has dicho... Ah, Senén, tú has estado en Verola. ¿Hablaste con mamá?

SENÉN, haciéndose el discreto.

Vine esta mañana de Verola. Los vientos que allí corren son que la señora Condesa, cuando regrese á Madrid, no dejará á sus hijas en esta *villa provinciana*.

LA ALCALDESA, en alta voz, en medio de la sala, dando palmadas.

Aquí no se cabe, señoritas y caballeros. Al jardín, á mi jardín, que para eso os lo he iluminado á la veneciana.

(Salida impetuosa de la muchedumbre juvenil de ambos sexos, y de las personas mayores. La juventud se precipita, toma la delantera á los viejos, y se desborda fuera del recinto, ávida de mayor y más fresco espacio en que producir su actividad bulliciosa; la oleada pasa junto á Senén, pero no le arrastra.)

NELL, que permanece en la sala, conteniendo su afán de correr también hacia el jardín.

Dime pronto. ¿Te habló mamá? ¿Nos llevará consigo? (Senén afirma.) ¿Pero es verdad, ó suposiciones tuyas? ¿Vuelve mamá por aquí?

SENÉN

Seguramente. Dentro de unos días... Hay allí mucha grandeza, marqueses y duques.

NELL

¿Y eso qué...?

SENÉN, como quien recela decir lo que sabe.

La señora no podrá... En fin, no sé. Eso depende...

NELL, inquieta.

Habla pronto; dime lo que sepas, ó me voy.

SENÉN

No podré *comunicar* nada á la señorita si no tiene un poquitín de paciencia. (Nell quiere conducirla al jardín.) Mejor hablamos aquí. Ya ve la señorita que nos hemos quedado solos.

NELL, en quien por el momento puede más la curiosidad que el anhelo de divertirse.

Bueno: pues aquí me estoy.

SENÉN

Por esta noche, me limito á *consignar*... y ésta es noticia adquirida en los centros oficia-

les... que la señora Condesa ha decidido presentar á sus niñas en sociedad.

NELL

Tú me engañas, Senén maldito. ¡Oh! Pues si eso fuera verdad, y acertaras... vamos, te regalaría yo muy pronto un alfiler de corbata mejor que ese que llevas... ¿Hablas en broma?

SENÉN, radiante de fatuidad.

Hablo con toda la seriedad propia de mi carácter. Y si la señorita me promete guardar secreto, le diré otra cosa. Pero ha de asegurarme que esto no saldrá de entre los dos... ¿Palabra?

NELL

Palabra... y el alfiler si resulta que no me engañas. (Senén remusga, haciéndose de rogar.) Maldito, habla de una vez... Vamos, no sé qué te haría.

SENÉN

Queda entre los dos... No fastidiar... Pues... quieren casar á la señorita...

NELL, vivamente, poniéndose muy encarnada.

¡Á mí!

SENÉN

Á usted... con el primogénito de los Duques de Utrech... Ya sabe: Paquito Utrech, Marqués de Breda... lleva ese título hace seis meses. ¡Vaya un partido! ¡Rico él, elegante él, guapo él...

NELL, afectando incredulidad y conteniendo la risa, para que no le salga al rostro el contento, que, no obstante, sale á borbotones.

¡Vaya unos embustes que te traes! Quitá allá... ¿tú crees que yo soy tonta?... No me digas esas cosas si no quieres que te...

LA ALCALDESA, llamando desde el jardín.

¡Nell, Nell!

NELL

Aquí estamos... Voy. (Corre al jardín, y Senén tras ella.)

LA ALCALDESA

Hija, no sé dónde se ha metido tu hermana. Hace un momento estaba aquí...

NELL, llamando.

¡Dolly!

SENÉN

Vámonos pronto.

(Preguntando en los corros, se averigua que Dolly hablaba momentos antes con D. Pío, y... no se sabía más.)

NELL

Se habrá ido con él.

SENÉN

Sin duda. En la Pardina la encontraremos. (Despídese Nell, y sale con Senén, á punto que entra el señor Alcalde, bufando. Viene de la sesión del Ayuntamiento, que ha sido borrascosa. Sus colegas le han hecho el desaire de rechazar la moción, por él presentada, para que á la calle de *Potestad* se le cambie el nombre, llamándola *Calle del Siglo XIX.*)

ESCENA XV

Comedor en la Pardina.

EL CONDE, en la propia actitud en que quedó al final de la escena XIII. Llegan sucesivamente DOLLY con D. PÍO, NELL con SENÉN; VENANCIO y GREGORIA, EL CURA, EL ALCALDE.

EL CONDE, oyendo ruido.

Ya vienen.

DOLLY, entrando presurosa.

¡Abuelito de mi alma... aquí, tan solito, y nosotras de fiesta!

EL CONDE, besándola.

Alma mía, parece que hace un siglo que no te veo.

D. PÍO, sofocadísimo.

En cuanto le dije que usía la llamaba, le faltó tiempo para echar á correr.

EL CONDE

¡Hija querida!

D. PÍO

Ni siquiera se despidió de Doña Vicenta. Me ha traído ¡ay! como si viniéramos á apagar un fuego.

EL CONDE

¿Y Nell?

DOLLY

Por no detenerme no me cuidé de buscarla entre el tumulto.

D. PÍO

Ya me parece que llega.

NELL, entrando, seguida de Senén.

Albrit... ¿qué ocurre? ¿Qué le pasa al primer caballero de España, mi ilustre abuelo? (Gregoria y Venancio aparecen por el fondo.)

EL CONDE, sorprendido del lenguaje ceremonioso que usa Nell.

Chiquilla, desde que no nos vemos has estudiado más de lo que creí... has adelantado prodigiosamente en la ciencia del mundo.

NELL

¿Has paseado mucho?...

DOLLY, acariciando al abuelo.

Demasiado... ¡Pobrecito! ¡Cómo habíamos de permitir tal infamia si la hubiéramos sabido!

NELL, sorprendida.

¿Pues qué ocurre? (Entra el Cura, un tanto cohibido. No sabe á quién dirigirse primero, si á las niñas ó al Conde.)

DOLLY

D. Carmelo te lo dirá.

EL CURA

Niñas mías, podéis creer que al llevarle á Zaratán nos guiaba el deseo de aposentarle dignamente. Creía y sigo creyendo...

EL CONDE, que sale generosamente á la defensa del Cura.

No te apures, Carmelo, por sincerarte. Estas tontuelas no están bien enteradas. Todo se reduce á que me llevasteis á dar un paseo en coche, y yo tuve la humorada de volverme á pie en compañía del buen Coronado.

EL ALCALDE, que entra presuroso, dando resoplidos.

Me lo temía, sí... me lo temía. El señor Conde se nos ha vuelto un chiquillo...

EL CURA, animándose con el refuerzo del Alcalde.

Y desconoce el grandísimo bien que hemos querido hacerle.

EL ALCALDE, con petulancia.

¡Vamos, que fugarse del Monasterio! No he visto otra... ¡Desmentir así su respetabilidad!

EL CONDE, con jovialidad desdeñosa.

Amigo Monedero, no es lo mismo hacer fideos que encerrar leones.

EL ALCALDE, quemado.

En una y otra cosa, Sr. de Albrit, me tengo por hombre que sabe su obligación.

EL CONDE

No la sabe muy bien cuando tan mal le ha salido esta tentativa.

EL CURA, interviniendo pacíficamente.

Permitame, señor Alcalde...

EL ALCALDE, echando roncas.

Digo y repito que sé mi obligación, y que no necesito que nadie me enseñe á sujetar á los que no deben estar sueltos.

EL CONDE, con desprecio.

No te conozco... No puedo ver en esas arrogancias al buen Pepe Monedero, servidor que fué de mi casa, cuando aquí, siguiendo las tradiciones de mi santa madre, consagrábamos parte de nuestra hacienda al socorro de los desvalidos.

EL ALCALDE, desconcertado.

Pues si usted me desconoce, le diré...

EL CONDE

No te empeñes en ello. No te conozco. Sobre que no veo bien, la ingratitud desfigura los rostros...

DOLLY

No sea usted ingrato, D. José María.

EL ALCALDE, reventando de vanidad.

Haga usted entender á su señor abuelo que soy el Alcalde de Jerusa.

DOLLY, estallando en ira, con gallarda fiereza.

Pues al Alcalde de Jerusa, y al Cura de Jerusa, y á todos los alcaldes y á todos los curas habidos y por haber en el mundo, les digo yo que es una oficiosidad inicua lo que han querido hacer con mi abuelo...

EL CURA

¿Pero tú...?

EL ALCALDE

¡Esta mocosa...! Usted...

DOLLY, creciéndose á cada palabra.

Sí, señor, yo... yo misma. Han faltado al respeto que merece el noble desvalido, el anciano, el padre de Jerusa, el que no debiera entrar en estos valles y en este pueblo sin que antes las piedras se levantaran para bendecirle y hasta los árboles se arrodillaran para adorarle... ¿Por qué queréis privarle de libertad? No padece más locura que el cariño que nos tiene; y si los que se han criado á su sombra le menosprecian ó le ultrajan, aquí estamos nosotras, sus nietas, para enseñar á todo el mundo la veneración que se le debe.

EL CONDE, en pie, cruzando las manos. (La emoción le ahoga.)

¡Señor, Señor, ella es... es la mía...! Su noble fiereza lo declara... (Vuélvese á Coronado, que está junto á él.) Esta, ésta... la mía.

EL CURA, que ha permanecido junto á Nell.

Cálmate, hija mía: tratábamos de mejorar su situación...

EL MÉDICO

¡Vaya un geniecillo!

NELL, corriendo al lado del Conde.

Abuelito querido, sosiégate. Creyeron que en Zaratán tendrías mejor albergue que aquí... Y no me parece mala idea, francamente, porque si nosotras nos vamos con mamá...

EL CONDE, con dulzura un poco seca, sin rechazar sus caricias.

Sí: tú, tú puedes marchar cuando quieras.

NELL, sin comprender.

Se acabó la cuestión... Ahora descansas... Antes se te dispondrá la cena. Dolly, démosle de cenar.

EL CURA

Podría venir á mi casa...

DOLLY

¡Pero si está en la nuestra!

EL CURA

Dígolo porque... Bien sabéis que las desavenencias de estos días han creado cierta incompatibilidad entre el señor Conde y Venancio...

NELL

¡Incompatibilidad!... Estamos en nuestra casa.

VENANCIO, adelantándose, seguido de Gregoria.

Perdone la señorita. Las señoritas, lo mismo que el señor Conde, están en mi casa.

NELL, acobardada.

Es verdad; pero...

DOLLY

¿Qué dices...?

VENANCIO

Digo que, á pesar de todo, por esta noche le alojaremos y le serviremos.

DOLLY, con brioso arranque.

¿Cómo se entiende? ¡Por esta noche! Por ésta y por todas las noches del mundo, mientras nosotras estemos aquí. La casa es tuya, es verdad; pero somos tus amas nosotras, mi hermana y yo: somos tus amas, ¿lo entiendes bien? A excepción de esta huerta, las tierras que cultivas y que tienes en arrendamiento casi de balde, ó en administración, nuestras son, nuestras. Somos las herederas de la casa de Laín, y tú, Venancio, y tú, Gregoria, servís á mi abuelo, no por caridad, que caridad está visto que no tenéis, sino porque yo os lo mando, ¿lo entendéis bien? yo os lo mando... (Repite el concepto con firme autoridad.)

VENANCIO

La que manda... es...

GREGORIA

La señora Condesa.

DOLLY, altanera.

Silencio. Á disponer la cena... (Á Gregoria.) Tú á la cocina... de cabeza... El Conde de Albrit vive con sus nietas. No nos tenéis de limosna... Cenará aquí, cenaremos los tres aquí (Da un fuerte golpe en la mesa.) en esta mesa. Dormirá en su aposento, que para eso se lo arreglé yo misma esta tarde. Y si no queréis ir á la cocina, iré yo... Y si habéis descompuesto la alcoba, irá Nell á arreglarla... Pronto, vivo... (Á Venancio y Gregoria.) Á poner la mesa... Señores, se les convida.

EL ALCALDE, con desvío.

Gracias.

EL CURA

Pero, chiquilla, tú...

DOLLY

Yo... Me basto y me sobro. Nieta soy de mi abuelo.

EL CONDE, con inmensa ternura y entusiasmo, abrazándola.

¡Sí, sí!... ¡Sangre mía, corazón de Albrit!

FIN DE LA JORNADA CUARTA